



World Council of Churches

**Sermón para el servicio conmemorativo conjunto de las iglesias anglicana y católica
Catedral Conmemorativa por la Paz Mundial (Iglesia Católica de Noboromachi), Hiroshima, 5
de agosto de 2015**

*Obispa Mary Ann Swenson (Iglesia Metodista Unida), vicemoderadora del Consejo Mundial de Iglesias y
jefa de la delegación de líderes de iglesias miembros del CMI que se encuentra en peregrinación en Japón
con ocasión del 70º aniversario de los bombardeos atómicos*

“Pacificadores para la vida”

Deuteronomio 30, 15-19, Lucas 19, 41-42, Mateo 5, 9

Al morir, Cristo destruyó nuestra muerte.

Al resucitar, nos devolvió la vida.

Cristo volverá glorioso.

¡Aleluya! ¡Aleluya!

*Cuando somos bautizados en Cristo Jesús,
somos sepultados con él en su muerte.*

Así como Cristo resucitó por la gloria de Dios,

también nosotros somos creados para vivir una vida nueva.

En este servicio conmemorativo por la paz, tenemos la oportunidad de estar en contacto con el misterio de la gracia de Dios. Venimos a recordar y reconocer la devastación del pasado y a decir ‘nunca más’. Venimos a atender la llamada de Dios a “elegir la vida” y a recibir el don de la gracia de Dios. ¡Venimos a comprometernos a ser pacificadores para la vida! Venimos siguiendo a Jesús, quien dijo: “Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios”.

Hoy damos gracias a Dios por la vida de quienes han hecho el viaje a nuestro hogar eterno antes que nosotros. Recordarlos ahora puede ser para nosotros un signo visible de Dios, que está lleno de misericordia y gracia.

Hace ya muchos años que escuché por primera vez la historia de Sadako Sasaki. Un amigo había escrito un pequeño libro sobre ella para que su historia llegara a los niños de América del Norte. Sé que nuestros colegas japoneses conocen la

historia, pero permítanme contarla a quienes vienen de otros países. Sadako tenía dos años cuando la bomba atómica cayó a un par de kilómetros de su casa. Pronto empezó a padecer los estragos de la enfermedad provocada por la radiación. Su respuesta fue ponerse a hacer mil grullas de papel, porque una grulla simboliza mil años de paz y felicidad. Tras su muerte sus compañeros de la escuela siguieron haciendo grullas; y hoy en el parque conmemorativo de la ciudad hay una estatua de ella sosteniendo una grulla de la paz. En respuesta a una violencia inefable nació un poderoso clamor por la paz. Ahora cuando asisto a reuniones en la parte occidental de los Estados Unidos, en Hawai, y otros lugares, la gente llega con miles y miles de grullas de la paz. Durante las reuniones hacemos más. En una reunión mi amigo llegó a hacer 7 000 grullas... Oramos por la paz y el testimonio continúa.

En la década de 1990, cuando el pueblo Sahtu-Dene del norte de Canadá supo que el uranio de sus tierras se había utilizado en las bombas que destruyeron Hiroshima y Nagasaki, enviaron una delegación de ancianos a Japón a disculparse. Nosotros también tenemos un testimonio que dar. Los líderes religiosos que hacen esta peregrinación del CMI vienen de siete países que declaran estar a favor de un mundo sin armas nucleares; pero, aún así, año tras año, década tras década, nuestros gobiernos se muestran dispuestos a utilizar armas nucleares. Setenta años después de la destrucción que tuvo lugar aquí, un total de 40 gobiernos dependen aún de las armas nucleares.

“Estamos aquí para reafirmar el mensaje de una cada vez más amplia mayoría de la Asamblea General de las Naciones Unidas de que ‘por el bien de la supervivencia misma de la humanidad, las bombas atómicas no debería utilizarse nunca más, bajo ninguna circunstancia’”.

Es hora de que juzguemos los armamentos y el uso que hacemos de la energía en función de sus efectos sobre las personas y sobre la Creación de Dios. Es hora de reconocer que nuestro deseo de bienestar material y de comodidad nos abstrae de preocuparnos por la cantidad de energía que consumimos y el origen de esta. Es hora de retirar todo apoyo a la conservación de armas nucleares. Es hora de negarnos a aceptar que la destrucción masiva de otros pueblos puede ser una forma legítima de protegernos.

Cuando estaba en la escuela secundaria y en la universidad, en la década de 1960, participaba en grupos de debate. Cada año debatíamos sobre el desarme nuclear. Me cuesta mucho creer que 50 años después nuestro mundo se encuentra, más que nunca, bajo la amenaza de la destrucción nuclear. Todas las potencias nucleares

están modernizando sus armas nucleares en lugar de suprimirlas, como habían prometido hacer.

Las voces de las víctimas de las bombas atómicas –los *hibakusha*, los *pi-pok-ja* (en Corea), y las víctimas de los campos de ensayos nucleares– claman por un éxodo de la era nuclear. Mis amigos de Hawai están celebrando una misa con el tema ‘Hiroshima, Nagasaki y el período posterior’. Ellos consideran que en el Pacífico debemos contar las historias de los habitantes de las Islas Marshall. Allí, como en otras partes, los *hibakusha* pueden decir que, a pesar de los enormes sufrimientos que han padecido, sus historias se conocen muy poco en el mundo.

En un lapso de 12 años (1946-1958) se lanzaron 67 bombas nucleares sobre las islas. La mayor de ellas fue la llamada Bravo, en 1954, con una potencia 1000 veces superior a la bomba de Hiroshima. A día de hoy, muchos habitantes de las Islas Marshall siguen sin poder regresar a sus hogares debido a la contaminación, y padecen cáncer y otras enfermedades provocadas por la radiación. Una instalación de almacenamiento de residuos nucleares corre el riesgo de reventar debido al aumento del nivel del mar.

Debemos escuchar a todas las víctimas de la energía nuclear: quienes padecen malformaciones causadas por mutaciones genéticas; quienes ven sus tierras y mares envenenados a causa de las pruebas nucleares; quienes ven sus terrenos y ciudades contaminados por accidentes nucleares; y quienes se exponen a las radiaciones en su trabajo en las minas o en las centrales nucleares.

En los libros iniciales de la Biblia la palabra de Dios nos guía hacia la presencia divina y el propósito de la Creación y nos advierte de que no interfiramos con la bondad de la Creación. Constantemente se nos recuerda en la Biblia que toda la Creación es digna de admiración, celebración y alabanza. En el libro de Deuteronomio Dios pone ante nosotros vida y muerte, bendiciones y maldiciones. Dios nos implora: “Escoge, pues, la vida...” para que nosotros y nuestros hijos podamos vivir.

Mi colega Steve Sidorak, que nos acompaña hoy, contó la historia de un hombre de la parroquia donde fue pastor hace algunos años; era piloto y había sobrevolado Hiroshima y Nagasaki en 1945 con un fotógrafo que debía sacar fotos de la devastación. Lo que vio entonces le cambió la vida para siempre. Luchó para que los recuerdos de lo que había visto tras los bombardeos no le hicieran perder la cordura; lo persiguieron hasta su muerte. Aunque logró encontrar algo de paz

interior al conocer a algunos *hibakusha* y ofrecerles sus sentidas disculpas.

El pasaje de Deuteronomio es claro: hay maneras de vivir la vida que, tarde o temprano, conducen a la muerte. De igual claridad, desde el punto de vista bíblico, era el hecho de que si alguien prefería la vida a la muerte, debía “elegir la vida” y rechazar la muerte. El peligro en el mundo actual es que podemos llegar a adorar el poder que tenemos para destruir la Creación más que al Dios de la Creación. Cuando veneramos las armas de destrucción masiva y la fuente de su potencia, la energía nuclear (ya sea con una explosión nuclear o provocando daños ecológicos), y nos inclinamos ante ellas, estamos eligiendo la muerte, no la vida.

Así que ahora, como entonces, ¡elige la vida para que tú y tu descendencia vivan!

Dios, nuestro generoso Creador, ha invocado la vida y ha concedido a la Creación vida en abundancia. Utilizar la energía del átomo en formas que amenacen y destruyan la vida es hacer un uso indebido y pecaminoso de la Creación de Dios. Estamos llamados a vivir de una manera que proteja la vida, en lugar de ponerla en peligro.

Jesús lloró al ver Jerusalén y dijo: “¡Ay de quienes pasan por alto la justicia y el amor de Dios”. Mientras lloraba, dijo: “si por lo menos hoy pudieras saber lo que te puede traer la paz”. Y en el monte dijo a sus discípulos: “Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios”.

Incluso ahora nos llegan avalanchas de historias de violencia, sufrimiento y destrucción, desde todas partes del mundo y cerca de casa. Pero la violencia del mundo no es el punto de partida del viaje para llegar a ser pacificadores. El punto de partida está dentro de uno mismo. Esta es la enseñanza de todas las disciplinas espirituales del mundo: Gandhi dijo: “Sé tú el cambio que quieres ver en el mundo”, y Jesús dijo: “El reino está dentro de ti”. Crear la paz para otros empieza creando paz interior. Esta es una verdad individual y personal, y es nuestra verdad colectiva, la verdad del Cuerpo de Cristo. El establecimiento de la paz empieza en uno mismo; y las Bienaventuranzas son la descripción de Jesús de este viaje espiritual interior: “Bienaventurados los pobres en espíritu y los que lloran”: el primer paso consiste en vaciarse de uno mismo, para que Dios y solo Dios nos llene. “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia y los que son misericordiosos”: cuando Dios nos llena, tenemos hambre de cosas buenas. Y el ciclo de la misericordia da fruto, ‘la limpieza de corazón’: abrimos los ojos para ver a los demás como Dios los ve. Esta es la integridad del gran mandamiento,

nuestro amor por Dios se reafirma en nuestro amor por el prójimo. Y luego: “Bienaventurados los pacificadores”; en definitiva, los que son limpios de corazón son pacificadores. Quizá trabajar por la paz es la forma más avanzada de ser misericordioso. Y si lo que Dios desea es que toda la Creación esté en armonía entre sí y con Dios, entonces traer la paz es central en lo que hace Dios.

En junio se reunió aquí un grupo de misioneros. Uno de los líderes destacó, en relación con Lucas 10, 1-12, que el movimiento misionario de Dios siempre ha estado vinculado a la hospitalidad. Jesús envió a sus discípulos y seguidores a los pueblos para sanar a los enfermos y predicar el reino, y en cada lugar al que iban encontraban una casa donde quedarse durante su ministerio. Desde hace siglos el éxito del movimiento misionero siempre ha dependido de la hospitalidad mutua entre desconocidos. Ciertamente esa hospitalidad demuestra el amor perdurable de Dios por una humanidad cuyos miembros se distancian de él y entre ellos con demasiada frecuencia. Como dijo nuestro Señor: “En cualquier casa adonde entren, antes que nada digan: 'Paz a esta casa'”.

Por lo que esta tarde recordamos que en la fe nos hemos unido a Cristo en la muerte y volvemos a nacer para vivir solo en él.

Y recordamos desde una perspectiva del reino que las estrategias que parecen funcionar bien en el actual desorden, como la riqueza, el poder y la reputación, están condenadas. Vivimos como un pueblo que está del lado de quienes no obtienen recompensa alguna del mundo tal y como es.

Y recordamos que somos un pueblo enviado, embajador de la reconciliación inescrutable de Dios.

Y porque recordamos estas cosas podemos permanecer en la valentía del amor. Porque nuestro Dios es el Señor del bienestar y de la calamidad. Podemos confiar en la promesa de que nada puede separarnos del amor de Dios en Cristo Jesús, nuestro Señor. Y al confiar plenamente en el Amor confiamos en lo único que será eterno, que es Dios.

###